

UN RACISTA IMPONENTE

JAVIER REVERTE

CECIL RHODES, convencido de la superioridad de la raza blanca y angloparlante, consiguió en su medio siglo de vida hacerse millonario gracias a las minas de diamantes y a cambiar el mapa del continente africano. Mandó asesinar a miles de personas y llegó a dominar dos países que llevaron su apellido, Rhodesia del Norte y del Sur.

En la historia del siglo XIX, pocos personajes pueden superar en megalomanía al británico Cecil Rhodes. Al cumplir los 23 años, en 1875, proclamó: "África está esperando a los ingleses y es nuestro deber tomarla". Cuando murió, en 1902, a los 49 años de edad, había cambiado el mapa del continente negro, creando dos repúblicas de dominio político *blanco* que llevaban su nombre: Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur. Le llamaban *El Coloso* y era un racista imponente. Creó un ejército mercenario a su servicio y, en las guerras que desató contra los rebeldes, mató a miles de ellos. Hoy no hay nada que recuerde su nombre en África —ni un río, ni una montaña, ni una ciudad—, y Zambia y Zimbabue han sustituido en el mapa del continente a aquellas dos Rhodesias.

Cecil Rhodes nació cerca de Londres en 1853, el sexto de los hijos de un clérigo anglicano. A los 16 años le fue detectada una enfermedad en la aorta y el médico le recomendó un viaje por mar. Desembarcó en Natal (Suráfrica) en 1870, dispuesto a ser granjero, poco tiempo después de que este territorio hubiera sido anexionado oficialmente al Imperio Británico. Más al norte, los bóers, colonos de origen holandés, mantenían la independencia de las repúblicas de Orange y Transvaal frente al expansionismo británico. Los bóers, o *afrikans*, eran un pueblo de fanáticos religiosos dedicado por lo general a la agricultura.

Un año antes de la llegada de Rhodes se habían descubierto ricas minas de diamantes en las riberas de los ríos Vaal y Orange. Y miles de aventureros y buscavidas se lanzaron en masa hacia los territorios bóers en busca de fortuna. Rhodes siguió aquella riada de avaricia en 1871 y, cuando llegó a Diamond City, como era conocida la ciudad de Kimberley, ya se encontraban allí 40.000 blancos intentando hacerse millonarios.

Pero Rhodes fue el más listo. Comenzó a adquirir todas las licencias de explotación que se ofrecían en venta y, con sus beneficios en la explotación, compraba más y más. En 1873 dio el gran golpe. Los expertos en minería consideraron que la principal mina de Kimberley, De Beer, había quedado agotada. Rhodes la compró de inmediato a un precio irrisorio. Y resultó que en las capas inferiores había muchos más diamantes que en las superiores, y de mayor peso y calidad. Así pues, con 20 años de edad era uno de los hombres más ricos de África. No obstante, siguió comprando, y en 1885, su empresa De Beers Mining Company controlaba 360 de las 622 concesiones de Kimberley. La compañía sigue hoy día monopolizando el mercado mundial del diamante. En 1886, en el actual Johannesburgo, apareció el mayor yacimiento de oro registrado hasta entonces en el mundo. Rhodes se lanzó a comprar concesiones, y en 1889, su compañía lograba el monopolio casi total del oro y los diamantes surafricanos. Con 36 años se había convertido en una de las principales fortunas de Inglaterra.

¿Qué hace un hombre rico, joven, soltero, crecido en el éxito y rodeado de gente que le halaga? Lo primero, envanecerse, considerarse alguien elegido por el destino. Y lo segundo, dedicarse a la política. De modo que se decidió a hacer público el *Manifiesto* que había escrito con 23 años: "Mi principal objetivo en la vida es ser útil a mi país. Si Dios tiene un Plan, hay que saber primero cuál es la raza que Dios ha escogido como Divino instrumento para su Plan. Incuestionablemente, esa raza es la blanca. Dentro de la raza blanca, el hombre angloparlante, sea británico, americano, australiano o surafricano, ha demostrado ser el mejor instrumento del Plan Divino para desarrollar la Justicia, la Libertad y la Paz en la más amplia extensión posible del planeta. Por eso, yo dedicaré el resto de mi vida a los propósitos de Dios y le ayudaré a lograr que el mundo sea inglés". Ponga el lector Alemania en el lugar donde Rhodes escribe Inglaterra y como resultado obtendrá un retrato parecido al de Hitler.

El Plan Divino de Rhodes comprendía incorporar al imperio toda África ("de El Cabo a El Cairo", decía), el valle del Éufrates, Chipre, Suramérica entera, las islas del Pacífico sin excepción alguna, el archipiélago Malayo y todos los puertos de China y Japón. El último escalón era lograr que Estados Unidos aceptara como soberana a la reina de Inglaterra. Y puesto que ya estaba allí, decidió empezar por África. Sus servidores, sus secuaces y sus fieles le bautizaron como Rhodes el Coloso, en clara alusión al mítico Coloso de Rodas. Y el magnate comenzó a formar alrededor suyo un grupo de incondicionales, una élite de servidores, casi una corte, con la que trazaría sus planes de conquista. Entre otras cosas —él era homosexual, aunque no declarado—, exigía la soltería a sus más próximos. Leander Starr Jameson, un médico escocés, sería su principal lugarteniente y su amante de casi toda la vida.

En 1888, Rhodes había logrado del rey Lobengula, monarca de los ndebeles, las concesiones para explotar los yacimientos de oro de Matabeleland y Mashonaland, territorios que se extienden por el actual estado de Zimbabwe. Y en ese mismo año conseguía también de Londres la Carta Real que le permitía colonizar aquellas regiones. Lobengula, que se creía amigo y aliado de la reina de Inglaterra, firmó con candidez un acuerdo por el que permitía a Rhodes hacer prospecciones en sus dominios, pero no leyó la letra pequeña, allí donde se decía que, para conseguir sus objetivos, se podía "emprender cualquier acción necesaria y a cualquier precio".

En 1890, Rhodes lograba una de sus grandes metas: el nombramiento como primer ministro de El Cabo, por entonces la capital de la colonia británica de África del Sur. Y ese mismo año fundaba la British South Africa Company (BSAC), para la que contrató, no a funcionarios, sino a doscientos mercenarios expertos en la guerra y bien armados que formaron una tropa llamada Pioneer Column. Su objetivo era el territorio sur del reino de Lobengula.

Reforzada por doscientos policías del Pioneer Corps, la expedición militar salió en junio hacia los territorios de los shonas, guiada por el prestigioso explorador Frederick Selous. En septiembre, la tropa plantaba su campamento en un lugar que bautizaron como Salisbury, origen del actual Harare, hoy capital de Zimbabwe. Y bautizaron la nueva colonia como Rhodesia. Cuatro años después, Londres la incorporaría a su imperio, con el nombre de Rhodesia del Sur.

No obstante, las reservas de oro en el territorio nuevo eran muy poco importantes, y Rhodes dirigió sus ojos hacia el norte de los dominios del rey ndebele Lobengula. Confió la nueva operación a su lugarteniente y amante, Leander Jameson, y en octubre de 1893, dos columnas con 1.400 hombres armados con rifles, ametralladoras y cañones invadieron la región de los ndebeles. Los guerreros de Lobengula no pudieron apenas resistir con sus lanzas y flechas. En las batallas entabladas alrededor de Bulawayo, capital del reino ndebele, más de mil de ellos perecieron. Todos los heridos y prisioneros fueron ejecutados por orden de Jameson. Lobengula se suicidó al tener noticia de la derrota. No obstante, aquélla no sería su última batalla contra los ndebeles.

Pocos meses después, Rhodes incorporaba a sus conquistas Rhodesia del Norte, la actual Zambia, y Niasalandia, el Malawi de hoy. Los acuerdos entre las potencias europeas sobre el reparto del continente negro, auspiciados por la Conferencia de Berlín de 1894-1895, le impidieron seguir su marcha hacia El Cairo, arramplando con todos los territorios que se pusieran en su camino. No obstante, a esas alturas ya había logrado conquistar casi media África. De todas formas, existía un escollo que pensaba que aún podía rendir: entre El Cabo y las dos Rhodesias se interponían los dos Estados bóers, el de Orange y el del Transvaal. Alemania defendía su independencia, pero Rhodes sabía que el Imperio Británico estaba dispuesto a anexionarse las dos repúblicas. Y pensó que podría arreglarlo por su cuenta, sin contar con los diplomáticos del Foreign Office.

A su favor jugaba una realidad: mientras que las dos repúblicas estaban controladas políticamente por los bóers, una buena parte de la población blanca era de origen británico, y, sobre todo, las fianzas, las riquezas mineras, estaban en sus manos. De modo que sólo se trataba, en su opinión, de poner las cosas en su sitio.

Así que organizó, con su amado doctor Jameson a la cabeza, un plan que consistía en atacar Johannesburgo con una tropa a finales del año 1895, al tiempo que en el interior de la ciudad preparaba una revuelta de los ciudadanos de origen británico contra los bóers. Convencido de su victoria, Jameson atacó por las buenas, al mando de quinientos hombres borrachos de whisky, poco antes de fin de año. Ni un solo británico salió a la calle aquella noche a organizar ninguna revuelta en Johannesburgo, en tanto que hombres del ejército bóer estaban esperándole a las afueras de la ciudad, sobrios y bien armados. El resultado de la batalla fue de 17 atacantes muertos, 50 heridos y el resto hechos prisioneros, entre ellos Leander Jameson. Los bóers perdieron tan sólo a cuatro de los suyos.

No obstante, el resultado político fue peor para Rhodes. Abandonado por Londres, hubo de dimitir como primer ministro de El Cabo, en tanto que los bóers salvaron por el momento la independencia de sus Estados. No mucho tiempo después, entre los años 1899 y 1902, el Imperio Británico tendría que llevar a cabo una terrible guerra contra ellos, muy cruenta y costosa, para poder anexionar las dos repúblicas al imperio. Pero ésa es otra historia.

Y el turno les llegó de nuevo a los ndebeles, los hijos de Lobengula, animados por el descrédito de Rhodes. Vencidos en la campaña de 1893, mantenían todavía un ejército de casi 50.000 guerreros. Y comenzaron la guerra. Ya no los dirigía un rey, sino dos hechiceros, una mujer llamada Chasrwe Nyakasinkwa y un hombre conocido como Sekuru Kagubi. Fue una

especie de guerra santa que, en la mitología ndebele, aún se conoce como "Primera Chimurenga", o primera guerra de liberación.

Sus sangrientos ataques contra las granjas de los colonos obligaron a los blancos a refugiarse en las ciudades, en una suerte de fortificaciones refugio que llamaban *laagers*. No obstante, los ndebeles no atacaban de frente, sino que iniciaron una especie de lucha de guerrillas muy costosa para los hombres de Rhodes. Era una guerra bastante difícil de ganar. El magnate en persona se trasladó al campo de batalla. Ahora no contaba con Jameson, que estaba en la cárcel en Londres condenado a 15 meses de prisión por su ataque a Johannesburgo. Así que ideó a solas la táctica para la nueva campaña, una táctica tan vieja como la misma guerra: prendió fuego a las aldeas ndebeles y a sus cosechas, encarceló a las mujeres y a los niños y ajustició a los guerreros capturados.

Tropas británicas llegaron en su ayuda. Entre otros mandos, acudía a la guerra el general Badem-Powell, fundador de los Boy Scouts, quien no tuvo reparo en ordenar el incendio de unas cuantas aldeas indígenas con niños dentro. Quizá a los chavales no les dio tiempo a quitarse el taparrabos y ponerse un pañuelito de colores al cuello para lograr salvarse.

En agosto de 1896, las fuerzas británicas rodearon a las últimas partidas de ndebeles en los Matopos, una región de terreno árido y bronco cercana a Bulawayo, en donde se levantan unas imponentes rocas que parecen meteoritos brillantes caídos de las más remotas galaxias. Los ndebeles acordaron rendirse a cambio de sus vidas. Pero una vez que entregaron las armas, Rodees ordenó que todos los jefes de la revuelta fueran ajusticiados, y los guerreros en edad de pelear, enviados a campos de concentración.

La epopeya de Cecil Rhodes, según crecía su descrédito, comenzó a apagarse. En 1902 falleció de un ataque al corazón. Y fue enterrado, según su deseo en la roca más alta de los Matopos, la que él mismo bautizara como View of the World. En cuanto a su lugarteniente Leander Jameson, es oportuno contar que, a su regreso de la cárcel, logró que se olvidaran sus desmanes e incluso alcanzó a ser elegido primer ministro de El Cabo en 1903. Murió en 1917, y reposa en una tumba cercana a la de su amante. Los dos enterramientos de los Matopos siguen siendo un lugar de peregrinación para los nostálgicos de la Rhodesia blanca y racista, derrotada definitivamente en 1980 y convertida en Zimbabue.

De Rhodes quedan en el Museo Nacional de Bulawayo, como recuerdo, la máscara mortuoria y una estatua oxidada entre las hierbas silvestres del jardín trasero. Casi nadie se acuerda en el mundo de sus hazañas, como tampoco demasiado de los miles de personas a las que hizo asesinar.

Según Jameson, las últimas palabras que Rhodes pronunció antes de morir fueron: "Muy poco hecho, mucho por hacer". Tenía 47 años. Es imposible calcular la cantidad de muertos que tendríamos que haber sumado a la biografía de El Coloso si le hubieran dejado seguir haciendo.



Su ejército.- Rhodes, en el centro, acompañado por los miembros del Regimiento Scots en una imagen de alrededor de 1875.



Su tumba.- El británico posa en el lugar en el que luego sería enterrado tras un ataque al corazón en 1902, en las rocas de los Matopos.



Retrato de un imperialista.- Cecil Rhodes vivió entre 1853 y 1902, y pasó la mayor parte de su vida en África, continente que intentó conquistar, primero, comprando todas las minas de diamantes posibles, y luego, por medio de la política. Los suyos le llamaban "El Coloso".

El País semanal nº 1528 de 8 de enero de 2006